

víspera había llorado al oír su sentencia, recibió las balas con serenidad. Una noche y la proximidad de la muerte habían bastado para hacerle hombre y templar su alma.

Cada uno de los nueve cadáveres fué colocado en un ataúd, y todos conducidos al hospital municipal de S. Pablo.

La gente que había asistido á la ejecucion se retiró consternada, los soldados volvieron á sus cuarteles y nada indicó en el resto del día en la ciudad que por la mañana se habían cometido nueve asesinatos iguales á los que se cometieron la víspera y á los que se cometerían al día siguiente.

## LXXXV.

## El anfiteatro.

Los hombres que conducían de la plazuela de Mixcalco á la de S. Pablo los cadáveres de los nueve ajusticiados llegaron media hora después de la ejecucion al Hospital municipal donde debían depositar su triste carga. Entraron por la puerta principal, se detuvieron un rato á la entrada de un callejón oscuro donde un hombre tomó razón de los muertos y se dió por recibido de ellos; atravesaron un patio asqueroso, especie de potrero por lo inmenso y por hallarse cubierto de yerba, inundado en muchos puntos de agua corrompida, y donde se revolcaban algunos cerdos que engordaban las hijas de S. Vicente de Paul, encargadas del hospital en aquella época, y se introdujeron á una sala baja, sucia y fétida, cuyo pavimento estaba lleno de manchas de sangre, y en la que por únicos muebles se veían largas mesas forradas de zinc y vasijas de barro llenas de entrañas humanas. En algunas de aquellas mesas había cadáveres destrozados.

La sala de que estamos hablando era el anfiteatro del Hospital de S. Pablo.

Luego que los conductores de los cadáveres se alejaron, el mismo hombre que los había recibido entró á la sala seguido de dos mozos, y á una orden suya comenzaron estos á desnudar los cuerpos con una naturalidad y una confianza que manifestaban lo acostumbrados que estaban á semejante tarea.

De cada vestido hicieron luego un envoltorio para devolverle á los deudos si los reclamaban ó distribuírselos entre sí, si nadie se presentaba á recoger tan tristes prendas.

Los cadáveres desnudos fueron colocados en otras tantas mesas del anfiteatro para que los médicos de cárcel hicieran la autopsia y declararan bien muertos á los reos á que habían pertenecido, y mientras llegaban estos funcionarios, el hombre que había presidido el despojo y que no era otro que el administrador del hospital, cerró la puerta de la sala y se dirigió á su despacho donde hizo colocar en orden los envoltorios de los vestidos.

Pocos momentos despues un hombre se presentaba á la puerta del hospital y preguntaba por el administrador.

Fué conducido adonde este se hallaba y le presentó un pliego.

Era una orden para que el cadáver de Mauricio le fuese entregado; aquel hombre era Ludovico. La venganza de los masones no se aplacaba ante la muerte; necesitaban el cadáver de su víctima para cortarle el cuello, arrancarle la lengua, destrozarle el corazon y dividir en dos el cuerpo conforme á las prescripciones del juramento de maestro.

La orden estaba en regla y el administrador no opuso dificultad alguna para entregar el cadáver; llamó á sus ayudantes para que verificasen la entrega y alargó á Ludovico el envoltorio que contenia la ropa del pintor.

—¿Que es esto?—dijo el antiguo sacristan de la Misericordia.

—La ropa de ese hombre.

—Que se le dé á los pobres.

—Tenia ademas al cuello este medallon—continuó el administrador, alargando á Ludovico la prenda en cuestion.

El hermano terrible tomó maquinalmente la joya y se puso á examinarla. Repentinamente lanzó un grito ó mejor dicho un rugido. Aquel medallon contenia el retrato de Fernando de Gonzaga, del primer hombre cuya sangre había derramado, del seductor de Marietta, del padre de Mario.

No cabia duda; aquel hombre fusilado hacia una hora en la plazuela de Mixcalco, aquel hombre por cuya muerte había trabajado tanto, era Mario, el mismo á quien desde tan léjos venia buscando, el mismo para quien guardaba la fortuna encontrada en el colchon del Cura, el mismo á quien había jurado amparar y proteger ante el sepulcro recién abierto de Marietta.

Ludovico no apartaba los ojos de aquel retrato; la mirada feroz de aquella cabeza pintada en miniatura parecia fija en él de una manera terrible y amenazadora.

—No me veas así—murmuró el pobre loco—ignoraba que fuese tu hijo, el de Marietta, el mio; el mio, sí, porque fuí mas padre suyo que tú que le engendraste; yo le dormia en mis brazos, yo le colocaba sobre mis rodillas, yo jugaba con él; juré ampararle y le he muerto; pero yo le vengaré. Pronto, ese cuerpo,—continuó dirigiéndose al administrador y exaltándose cada vez mas—¿donde se halla? quiero verle..... quiero llevármelo..... quiero no apartarme de él un momento.

El administrador del hospital que no comprendia una palabra de lo que pasaba, condujo á Ludovico al anfiteatro.

—Dejadme entrar solo—gritó el italiano con imponente voz.

El administrador y los dos criados obedecieron maquinalmente.

Ludovico entró; los cadáveres desnudos presentaban sus heridas abiertas y chorreantes; el hermano terrible los examinó uno á uno hasta llegar al de Mauricio; le contempló un momento y llevó su mano agitada por la calentura al corazón del pobre artista.

—¡Todavía respira!—murmuró con un indescribible acento de esperanza, dejándose llevar de esa ilusión de que hemos sido víctimas todos al tocar el corazón yerto de una persona amada, y tomando los latidos de sus propias arterias por las palpitaciones del corazón de Mauricio.

—Que no lo sepan esos hombres—continuó siempre en voz baja—le volverian á matar.

Y con hercúleas fuerzas tomó el cadáver como si fuera el de un niño, le envolvió en la sábana que llevaba con ese objeto y le colocó suavemente en el ataúd. Al hacer esta operación advirtió que el cráneo estaba hecho pedazos.

—Oh!—dijo con desesperación—está muerto, bien muerto, y salió fuera de sí del anfiteatro.